



1.

2.



Diversión en los charcos

Los niños semidesnudos revolcándose en pequeños charcos de agua sucia, los cambuches fabricados con plásticos y pedazos de muebles, insumos que recolectan en este nuevo entorno. Las mujeres, cocinando su pescado en pequeñas hogueras con madera que los habitantes de calle les intercambian por paquetes de frituras producto de la caridad, plasman para cualquiera que pasa observándolas desde el bus, en una de las calles más importantes de la capital colombiana, una imagen de miseria fría y húmeda. Sin más. Les arrebataron una imagen fundamental: les robaron el paisaje.

Las montañas y selvas ahora son gris cuadrículado, los ríos ahora son charcos, el bahareque ahora es plástico y la recolección ahora es mendicidad.

Los emberas han resistido y lo han hecho gracias a su adaptación, sin romantizar la miseria y la falta de compromiso por parte de las instituciones estatales y distritales. Nos encontramos con una situación extraordinaria, y este poder adaptativo los lleva a una inevitable reinterpretación cosmogónica.

La relación tradicional que esta comunidad seminómada tiene con la imagen ha sido devorada por la necesidad, y más específicamente por este relativamente nuevo método de recolección y supervivencia. Lo que en su momento eran patrones significantes de conocimiento ancestral, ahora pierden totalmente su valor espiritual y reclaman bruscamente su valor netamente mercantil. Un recorrido de paulatina pero agresiva insistencia colonizadora, desde los vestidos de flores utilizados por las mujeres, hasta sus artesanías, semillas y huesos, ahora son chaquiras. El maguay es poliéster y el jaguar se transformó en el logo de la marca puma. Indicativos de que las costumbres emberas son producto de influencias occidentales.

Entonces pienso que, más allá de que su tradición sea de carácter adaptativo, su tradición es en sí la adaptación.

Las variaciones de estas nuevas imágenes que nacen de este encuentro de mundos envuelven toda la identidad de esta comunidad. Desde el niño que se desviste y juega en el charco citadino porque percibe las secuelas del río y su significado, pasando por los “nuevos” tatuajes de corazones flechados y mujeres desnudas realizados con técnica tradicional en el propio territorio de origen, hasta las nuevas imágenes que representan su mundo y que aparecen plasmadas en sus aretes, collares y manillas.

Es importante recalcar la figura de los líderes y lideresas que cumplen un papel primordial en la defensa de su comunidad, la que consideran como familia propia.

He podido acompañarlos a exigir garantías de mil y una maneras, y admiro cómo frente a la adversidad de este nuevo lenguaje, de este entorno agresivo y el ritmo acelerado que conlleva la ciudad, no se rinden y confrontan juntos el problema del ser indígena en Colombia.

Lo que fue la nación embera, ahora un pueblo que sufre en territorio los triunfos del colonialismo y el progreso a causa de la minería de oro legal e ilegal, y su respectivo acompañamiento militar también legal e ilegal, busca en las ciudades un resguardo a la muerte, al reclutamiento forzado y al hambre, encontrando respiro en una costumbre tradicional colombiana, el rebusque, vendiendo su tradición y mendigando algo de dignidad.



Santiago Dussán*
Claudia Patricia Queragama**
Ismael Cano y Jhoana Gonzales***

* Fotógrafo, maestro en Artes Visuales y defensor de derechos humanos, actualmente director de proyectos de la ONG Origen Feraz, ha enfocado su carrera en el uso del arte como herramienta de promoción de los derechos humanos trabajando de la mano con las comunidades.

** Lideresa emberá-katío. Proveniente de Alto Andágueda (Choco), Claudia es indígena emberá-katío, víctima directa del conflicto colombiano, desplazada por el brazo armado de la minería, llega a Bogotá a finales de 2019, junto con aproximadamente 500 personas de la comunidad emberá-katío y emberá-chamí, inmediatamente asume el rol dentro de la comunidad como lideresa junto con Leonival Campos, y vocera en los procesos con las instituciones estatales.

*** Pareja de jóvenes de 14 años emberá-chamí. Jhoana desde pequeña en Bogotá, a los 6 años, va sola a un Centro Atención Inmediata (CAI) a pedir ayuda por las condiciones en las que vivía con su familia; desde esa edad, hasta los 14, vive en un albergue del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF); en 2021, llega a la casa emberá-chamí donde vive con su padre, aquí conoce a Ismael que llegó con las familias que arribaron al Parque Metropolitano Tercer Milenio provenientes de Risaralda; Jhoana quiere ser enfermera cuando sea grande; Ismael quiere ser cantante de reguetón.